

CRECER ESTUDIANDO:

EL FUTURO SERÁ CON EDUCACIÓN O NO SERÁ

Tres estudiantes de distintas localidades del conurbano están transitando sus primeros pasos en los estudios superiores. Rocío, Agustina y Lola nos hablan aquí de la vocación docente, los dilemas entre presencialidad y virtualidad que surgieron por la pandemia, y afirman que la educación tiene una relación directa con el desarrollo integral de las personas.

Silvina Frieri

Es periodista. Escribe en la sección Cultura y Espectáculos del diario *Página/12* desde el año 2000.

También ha publicado en distintos medios gráficos como las revistas *N*, *Puentes*, *La Balandra*, *Celcit* y del Teatro San Martín. En 2017 recibió el Premio Konex.

Educar es transformar el mundo. El futuro será con educación o no será. Rocío Suarez, Agustina Jaime y Lola Aguirre, tres jóvenes que viven en Chilavert, Ramos Mejía y Burzaco, eligieron estudiar carreras vinculadas con el ejercicio de la docencia. No quieren ser maestras jardineras o profesoras porque “se trabaja solo cuatro horas diarias y se tienen tres meses de vacaciones”, como dicen algunos y repiten esos lugares comunes que pretenden menospreciar o ningunear la docencia como profesión. Ellas están convencidas de que la educación es un espacio donde se construye ciudadanía y se distribuye conocimiento, socialmente reconocido. A contramano de los discursos meritocráticos que objetan o rechazan la posibilidad de acceso, estas jóvenes quieren propiciar miradas que incluyan a los otros.



Agustina, Rocío y Lola, nacidas a fines de la década neoliberal y principios del 2000, apuestan por la educación porque es un espacio de diferenciación que les permitirá, en muchos casos, superar el nivel educativo alcanzado por sus padres.

Si el horizonte laboral de los jóvenes es incierto, más precario y flexibilizado que en los años 90, Agustina, Rocío y Lola, nacidas a fines de esa década neoliberal y principios del 2000, apuestan por la educación porque es un espacio de diferenciación que les permitirá, en muchos casos, superar el nivel educativo alcanzado por sus padres; pero también la docencia es un trabajo que goza de cierta estabilidad. Un buen docente excede la transmisión de conocimiento, acompaña y enseña para la vida. Para ellas, la educación no se define en términos mercantiles. La suspensión de las clases presenciales por la pandemia de COVID-19 representó un desafío inédito: la escuela como sistema solar pasó de las aulas a la enseñanza remota, diseminada en millones de hogares con teléfonos móviles, dispositivos tecnológicos y conectividad. Pero el acceso a Internet sigue siendo desigual.

“El ser humano es un anfibio que vive en muchos mundos al mismo tiempo: el mundo de la razón, el mundo de la percepción, el mundo del movimiento, el mundo de la actividad visceral, el mundo de las posibles experiencias místicas”, planteaba el escritor británico Aldous Huxley. “Durante siglos, la educación ha insistido tan sólo en el desarrollo de la razón y en la transmisión de información, y ahora muchas de nuestras otras facultades yacen durmiendo o funcionan de forma aberrante”, advertía el autor de *Un mundo feliz*.

Lola Aguirre no pensó en Huxley cuando en 2015 terminó la escuela secundaria y dudaba sobre qué estudiar. “En un momento estaba en un limbo y no sabía qué hacer. Como me tocó trabajar de niñera de un bebé de seis meses, me di cuenta de que me gustaban los chicos, entonces ahí hice un clic”, recuerda esta joven que tiene 23 años y en 2019, después de salir de ese limbo, empezó

el Profesorado de Educación Inicial en el Instituto de Educación Integral de Munro.

Aunque la mayoría de las materias las cursa de modo virtual, algunas son presenciales, cada quince días. “Me gusta mucho el instituto donde estudio, los profesores y las compañeras; es un lugar muy contenedor, muy humano”, cuenta Lola que vive en Chilavert con su hermana mayor y su mamá. “La mayoría de los profesores enseñan bien y se preocupan para que aprenda. No te voy a negar que hay uno que otro que no es tan así, pero creo que eso pasa en todos lados. Con los profesores que se salen de la línea hemos tenido ciertos choques; nos ha pasado algunas veces que en uno de esos conflictos nos han tratado de exageradas y nos dijeron que no hiciéramos tanto quilombo por reclamar por cosas que tienen que ver con nuestra educación. Pero fuera de esos mini conflictos, no tengo críticas para hacer”, agrega Lola que trabaja en atención al cliente en Teccell Comunicaciones (Villa Ballester).

“Mi experiencia con la virtualidad fue buena en líneas generales, mi profesorado se preparó bastante bien, si es que comparo con otras instituciones –revela Lola-. Mantenerme al día no me costó mucho porque como estábamos todo el día en casa encerrados, no me quedaba otra. El año pasado trabajaba medio tiempo y ahora empecé a trabajar todo el día, entonces este año me costó arrancar. Pero este cuatrimestre me puse las pilas porque había empezado sin la motivación y las ganas que tenía el año pasado. Este año para mí fue más heavy”. Los profesores la contienen a Lola y a sus compañeras, si tienen una inquietud, una dificultad, un problema. “Ellos escuchan, se preocupan y tratan de ayudar. Como este año me costó arrancar, una profesora me preguntó: ¿Estás bien? Se te nota desganada, me dijo...es una linda comunidad la que se formó y te dan un espacio de confianza y contención”, subraya Lola.

Las aulas se abren a las maestras jardineras en formación. Lola está por iniciar las prácticas docentes. “En un mes empiezo a dar clases en los jardines y tengo un mar de sentimientos encontrados –confiesa-. A veces no me siento preparada, otras veces estoy nerviosa. Ahora me siento así porque todavía no entré al campo, creo que es por falta de ir y hacer, porque una el teórico y los conocimientos los tiene. El tema es la práctica. Yo me veo dando clases, pero todavía no sé cómo manejarme con los chicos. Mi miedo es no estar lista o preparada, pero no soy solo yo. Una vez expresé esta inquietud con unas compañeras y todas sentían lo mismo: que no estaban preparadas. Creo que es un miedo colectivo, que no soy la única”.

Rocío Suares tiene 20 años, estudia el Profesorado de Historia; está en primer año, cursando el segundo

cuatrimestre en el Instituto Superior Docente Número 46 de Ramos Mejía. “Elegí la carrera porque en la secundaria historia siempre fue mi materia favorita, y ahora que la estudio más a fondo entendí que es la explicación a todo lo que somos social y culturalmente; es importantísimo conocer nuestro pasado para poder comprender mejor el presente que estamos viviendo. Eso es lo que me parece más interesante de la carrera que estoy estudiando”, cuenta Rocío, que vivió muchos años en la zona sur, en Claypole, y hace poco se mudó con su familia a Ramos Mejía. En el horizonte de expectativas, Rocío busca formarse en la docencia como una cinta de Moebius en torno a educarse y a educar, porque ella no concibe el futuro sin estudiar, que para ella representa un modo de ser y estar en el mundo.

“Espero de la educación como profesora de historia, tener acceso a las herramientas suficientes para poder enseñar en todos los ámbitos de la sociedad de una forma heterogénea, situación que actualmente no se ve, o por lo menos en mi secundaria no pasó”, advierte Rocío que defiende la educación pública y gratuita para todos. “Me parece cuestionable la libertad de mensajes que atentan contra la educación que hay dentro del aula por parte de muchos docentes; es algo contradictorio, pero, aunque parezca extraño, es muy común”. ‘El pobre no puede estudiar; pocos son los que llegan a la universidad’, dijo una docente en una clase de didáctica”.

Las cejas de Rocío se alzan en rebelión ante el prejuicio enquistado de esa docente que, con sus palabras, sentencia que algunos no pueden (ni deben) estudiar, que nunca van a llegar a la universidad porque son pobres. “Fue muy fuerte escucharla decir lo que dijo y ver cómo mis compañeros les daban la razón. ¿Cómo puede ser? Me parece grave que en el contexto de una clase de didáctica se diga algo así, con tanta libertad y ligereza. Primero porque es muy desalentador y segundo porque no era la primera vez que daba a entender cosas parecidas. Y tampoco es la única docente. Hay docentes ortodoxos que pretenden que uno piense como ellos, cuando la verdad es que no debería ser así. A lo largo de la historia te podría decir que siempre molestó que el pobre sea ‘alguien’ y estudie”, reflexiona Rocío, la primera de su familia que ha llegado a estudiar una carrera terciaria; sus padres tienen la educación básica (primaria completa) y sus hermanas no finalizaron la escuela secundaria.

Agustina Jaime trabajó cuidando bebés y niños. Su sonrisa abraza, como si buscara acortar la distancia física que impuso la pandemia de COVID-19 en la vida cotidiana de esta joven que vive en Burzaco, tiene 21 años y estudia el Profesorado en Educación Inicial, en Glew, para ser maestra jardinera. “Me gusta mucho interactuar con los nenes y jugar.

A contramano de los discursos meritocráticos que objetan o rechazan la posibilidad de acceso, estas jóvenes quieren propiciar miradas que incluyan a los otros.

Yo tengo muchos primitos a los que siempre cuidaba; entonces les enseñaba a escribir, a hacer la tarea, y eso me entusiasmó más.

Desde siempre tengo muy buena relación con los nenes y ahora que soy más grande me gustaría enseñarles”, confiesa Agustina, que vive con su mamá --que trabaja en el Consejo Escolar de Adrogué--, sus dos hermanas, de 22 y 28 años, su sobrina y su cuñado.

“La educación está bastante complicada por la pandemia y las clases virtuales. En mi caso, hay muchos profesores que no hacen reuniones por Zoom para explicarte algún tema, sino que te mandan el texto, lo tenés que leer y hacer la actividad, pero sin poder consultar las dudas que una tenga. Además, hay muchos profesores que ni te corrigen.

Yo espero que para el próximo año se pueda mejorar y que volvamos a la presencialidad normal, que sea un poquito mejor la educación”, augura Agustina y dice que los profesores “tienen que estar más presentes y acompañar, tanto de manera virtual como presencial” en tiempos tan inciertos como los que se están viviendo. “La educación es fundamental para formarte como persona y luego poder enfrentarte a los problemas que te surgen en la vida. Y me refiero tanto a la educación del colegio, de un terciario o una universidad, como la que recibimos en nuestras casas”, aclara Agustina.

Volver a la presencialidad es una necesidad compartida por las tres. Para Lola, Rocío y Agustina la virtualidad tiene un techo. El tiempo pospandémico todavía es un misterio. Quizá la escuela, la familia y la sociedad conformen una especie de “nueva alianza”, en un diálogo permanente. ¿Habrà una “nueva” normalidad educativa, similar a la que se vivía antes de la pandemia, o la educación está en tránsito hacia un nuevo paradigma que combine presencialidad y virtualidad? No lo saben. Pero tienen la certeza de que la educación, más temprano que tarde, transforma la forma de mirar y pensar el mundo. ■